





1 XLIX
F -143

MEMORIA SUCINTA

DE LAS OPERACIONES DEL EJERCITO NACIONAL

DE SAN FERNANDO.

MEMORIA SUCLINTA

DE LAS OPERACIONES DEL EJERCITO NACIONAL

DE SAN FERNANDO.

PAP.

Leg. 51.

9/2854 (1)

Memoria sucinta

1 $\frac{XLIX}{F-143}$

DE LAS OPERACIONES DEL EJÉRCITO NACIONAL

DE SAN FERNANDO,

desde su alzamiento en 1.º de enero de 1820,
hasta el restablecimiento total de la Constitución
Política de la Monarquía.

REDACTADA

por don Evaristo San Miguel y don Fernando Miranda de
Grao, ayudantes generales del estado mayor
de dicho ejército.



MADRID.

IMPRENTA DE COLLADO.

1820.

Memoria

DE LAS OPERACIONES DEL EJERCITO NACIONAL

DE SAN FERNANDO.

debe en el momento en que se dio de 1808
parte el establecimiento total de la Comandancia
Provincia de la Mancha.

REDACTADA

por don Juanito San Miguel y don Fernando Sánchez de
Giro, ayudantes generales del estado mayor
de dicho ejército.



MADRID.

IMPRESA DE COLLEJO.

1808.

AL CONGRESO NACIONAL.

Dedicar al Congreso Nacional la relación de las operaciones del ejército de San Fernando es un homenaje que los redactores desean ofrecer á la patria, que tan dignamente representa.

La patria está enterada por mayor de aquestos hechos, y los ha aplaudido. La patria está penetrada de los sentimientos que animaron y animan al ejército de San Fernando. Las Cortes han oído la exposición de sus dignos generales que la felicitan, al mismo tiempo que les ofrecen su decisión y sus servicios. El camino que siguieron una vez será seguido siempre. La constancia en obrar bien, será siempre su divisa.

La gratitud de la nación es su recompensa mas preciosa: la nación regenerada será el monumento eterno de su empresa. El triunfo de la libertad, el reinado de la ley,

el exterminio de la opresion, el gozo de los buenos, las primeras sillas ocupadas por los beneméritos patriotas que gemian en destierros; y por último reunida la nacion entera para darse leyes y fijarse sus destinos. Qué mas títulos de gloria!

Padres de la patria, permitid que el ejército nacional de San Fernando se congratule con vosotros por tan felices, venturosos dias! Permitidle que se aplaude de haber usado del derecho eterno que tienen las naciones de romper sus hierros! Permitidle que se complazca de su obra, y que al comparar lo que éramos ayer con lo que somos en el dia, se alimente con la grande idea de haber puesto los cimientos de la libertad y prosperidades de la España.

Esta España se encuentra toda en vuestras manos. Todo lo espera de las virtudes y del zelo de sus representantes. Acabe el patriotismo de los sabios lo que ha empezado el

patriotismo del ejército. Vuelva la patria á ser lo que merece, y tengan las naciones extranjeras nuevos motivos á cada instante de admirarla.

Los hechos del ejército nacional de San Fernando merecian otra pluma. Este trabajo nuestro no es digno de él, ni de las Cortes.

Recibante sin embargo con la indulgencia que se debe á la buena voluntad y á los ardientes votos que hacen por su acierto. Recibante convencidas de que es el patriotismo quien le ofrece con el respeto que es debido á sabios, á representantes, á legisladores. Madrid 12 de agosto de 1820

Evaristo San Miguel.

Fernando de Miranda.

ADVERTENCIA.

Este escrito no es un diario histórico donde se consignan las mas pequeñas menudencias. La intencion de los redactores ha sido presentar al público una idea en grande del alzamiento del egército nacional de San Fernando , con algunos sucesos memorables que le precedieron y causaron. El amor á la verdad los ha conducido en su trabajo. Si acaso han omitido algun acontecimiento verdaderamente interesante , protestan que no ha sido falta de buena voluntad , y que tendrán una verdadera satisfaccion en repararla.

Una inadvertencia involuntaria ha hecho no estampar en la Memoria los nombres de los comandantes de Sevilla cuando este batallon se unió en Arcos con Asturias al amanecer del 2 de enero. El primero es don Antonio Muñiz , tan conocido en el egército por su decision , su firmeza y su constancia. El segundo es don Francisco Osorio ; citado mas de una vez en el curso de esta relacion.

Todas las revoluciones que nos ofrece la historia de los pueblos han tenido casi siempre un mismo origen. Los hombres quieren ser felices. La naturaleza grabó en sus corazones una inclinación á buscarse los medios de su bien estar: ley eterna que asegura la conservacion de nuestra especie. Cuando los individuos ó grandes funcionarios de un estado, encargados del gobierno de los pueblos, no trabajan para su felicidad, no deben extrañar que los pueblos se penetren de la injusticia con que son tratados, que los pueblos se convencen de que son la fuerza, y se aventuren por fin á desplegarla. El despotismo de la casa de Austria labró la libertad de los cantones de la Suiza: el despotismo de Felipe II, echó los cimientos de la grandeza y prosperidades de la Holanda. Las injustas pretensiones del gabinete ingles, formaron un estado poderoso de los mismos que consideraba como sus colonos. Una serie de abusos aumentados por el curso de los tiempos, un Rey débil é incapaz de reformarlos, una corte inmoral y licenciosa que jugaba, por decirlo así, con las miserias y calamidades públicas, provocaron la revolucion terrible y espantosa, que inundó la Francia en sangre, y cambió la faz y los destinos de la Europa. Los pueblos bien gobernados nunca se sublevan: todos los males que pueden afligir á una nacion en sus furores y guerras intestinas, no tienen otra causa que los vicios de su mal gobierno. No se puede repetir bastante esta

verdad, que una experiencia constante ha convertido ya en axioma, y que nunca será oscurecida por esfuerzos que hagan los partidarios de los gobiernos absolutos, llamando crímenes y rebeldías las justas reacciones de los pueblos, que no quieren ser víctimas del capricho de sus gobernantes.

Era natural que el trastorno de las instituciones liberales, verificado hace seis años, produjese desazon y descontento. Aunque la ignorancia de los pueblos y el prestigio con que se miraba el regreso de un Monarca tan querido, prestaban alicientes al decreto de Valencia, los hombres que pensaban, los hombres adictos al sistema constitucional por principios y carácter, los hombres que veían la aurora de nuestra regeneración política en la observancia de un código que respetaba tanto sus derechos, se resintieron, como es justo, de un paso tan absoluto y arbitrario. El gobierno, que acababa de adoptar otros principios, no atinó á elegir los medios de consolidarlos. Una conducta decidida, firme y consecuente hubiera mantenido la ilusión que producen los gobiernos absolutos, cuando saben darse un aire de dulzura paternal que fascina los ojos de los ignorantes. Los abusos de la autoridad aumentaron el amor á las instituciones constitucionales. A los liberales por principios se agregaron los liberales por interés propio, y los males llegaron á tan alto punto que hasta los mas ignorantes y entusiastas de la servidumbre suspiraban por su pronto alivio.

Sabidos son los heroicos esfuerzos con que algunos verdaderos hijos de la patria trataron de resucitarla. Las huestes de Mina dieron en Pamplona el grito de la libertad, que apenas fue oído cuando sofocado. El intrépido Porlier alzó el estandarte nacional en la Coruña, y un cadalso fue el triste fruto de su patriotismo. El libertador de Cataluña, el valiente y esforzado Lacy, le imitó en su denuedo,

y tuvo en un todo su suerte desdichada. Cuando se acababa de acallar el grito de la insurrección en un ángulo de la Península, resonaba al instante en el opuesto. Las cabezas de esta hidra, no podrán cortarse todas en un mismo instante. El suplicio de Vidal y sus valientes compañeros sucedió al de Lacy, y cuando esta última conspiración estaba descubierta, ya se trataba otra mas seria y respetable en el ejército destinado á la expedición de Buenos-Ayres.

Los resultados de esta empresa mas dichosa que ninguna de las anteriores, son demasiado públicos, y han tenido tanta influencia en la causa de la patria, que parece indispensable dar á luz sus pormenores. La verdad llevará la pluma de los redactores de este escrito, que consideran y presentan solo como simples materiales de un trabajo mas extenso, que pueda ocupar dignamente la pluma de algun sabio.

El ejército de Buenos-Ayres, compuesto de la flor de la milicia, era ya la única esperanza de una nación que se miraba en el colmo de las desventuras. El conde del Abisval, que le mandaba, dió oídos á los que le insinuaron que estaba en su mano regenerar una patria de cuya esclavitud pasaba en el público por ser uno de los agentes principales. Naturalmente emprendedor, ó quizá sinceramente arrepentido de una falta que habia echado tan gran mancha sobre su carácter, abrazó la idea que tanto le lisonjeaba por entonces, y fue casi el resorte principal de la empresa proyectada.

El fuego de la insurrección circuló prontamente en el ejército. Casi todos sus oficiales eran jóvenes, y en esta edad tan favorable á las acciones atrevidas, se espusieron gustosos á todos los peligros que presentaba tan particular arrojo. La idea de que el general en jefe era el alma de la empresa, y que el alzamiento en masa del ejército expedicionario seria una consecuencia natural del grito pronuncia-

do por la libertad, los hizo entrar alegres en una trama que entusiasmaba su valor y halagaba su amor propio. Salvar la patria les pareció mas digno de su audacia que llevar los hierros de la servidumbre al nuevo mundo. El ejército se preparó, pues, á grandes acontecimientos: todo estaba casi pronto y el general en jefe acaso decidido á cumplir su palabra tan solemnemente dada, cuando el semblante de las cosas cambió de la manera mas fatal y extraordinaria.

El general Sarsfield, conocido de todos por su valor en la pasada guerra, por su carácter misántropo y obscuro, por su vida retirada, por su aislamiento de todo lo que huele á corte, se presentó en el ejército á mandar la segunda division, y á todos pareció muy digno de figurar en la grande escena que se preparaba. Su venida aumentó las esperanzas de un dichoso resultado, y todos se congratulaban de poseer un hombre cuyas luces y carácter firme eran de tanta consecuencia en las actuales circunstancias. Si algun hombre burló de un modo cruel la expectativa de los hombres, fue el general Sarsfield sin disputa. Su conducta fue el modelo de la perfidia mas negra, ó de la mas demente extravagancia.

Inmediatamente que llegó al ejército, se comenzó á sondearle. Los coroneles D. Bartolomé Gutierrez y D. Antonio Roten, y el teniente coronel Don José Grases que le habian conocido en Cataluña, le visitaron en Jerez de la Frontera, y le presentaron en bosquejo los planes meditados. El general Sarsfield no los comprendió al principio; mas habiéndoselos hecho esplicar mas claramente prometió su firma y su persona. Su lenguaje era de un hombre penetrado de la justa causa, y que deseaba consagrarse á unas instituciones por las que habia perecido el general Lacy, de quien hacia mencion

con las expresiones mas tiernas y sentidas. Los referidos gefes quedaron plenamente convencidos de su buena fé. Los participantes del secreto que supieron el éxito de sus negociaciones, concibieron esperanzas mas que nunca, y le miraron como el gefe de la empresa en caso de que el conde del Abisval se volviese atras ó vacilase.

Desgraciadamente la conducta de este último á principios de julio daba algun motivo de desconfiar de su palabra. El tono misterioso con que se cubria, sus correspondencias con la corte, su negativa de dar oidos á algunos de los agentes principales del proyecto, y el recuerdo de su conducta en el año 14, dejaban en la incertidumbre á los patriotas, y llenaban de desconfianzas unos dias que debian ser marcados con la concordia mas perfecta. El general Sarsfield parecia tomar parte en sus inquietudes, y sin dejar de acriminar la conducta del general en gefe, aparentaba ser mediador de sus desavenencias. Con este objeto pasó á Cádiz por dos veces. La primera conferencia con dicho gefe superior fue verificada el dia 6 de julio, y á su regreso á las once de la noche por el puerto de Santa María, dió á los gefes de los cuerpos acampados en la Vitoria las mas lisonjeras esperanzas. El dia 7 volvió á Cádiz á conferenciar con el mismo general en gefe, y regresó á Jerez aquella misma tarde, habiéndose expresado con aquellos, que él llamaba sus amigos, en los referidos términos.

Como la última entrevista que tuvo con el conde del Abisval fue secreta, pues la primera se habia verificado delante del coronel D. Felipe Arco Agüero, no puede indicarse á punto fijo lo que trataron y se digeron ambos generales. El resultado fue que la disolucion de la empresa, y el proyecto de arrestar á los gefes que eran sus principales motores, quedó arreglada definitivamente en aquella confe-

rencia, según los resultados que se vieron al siguiente día. Refiriendo los hechos simplemente no nos meteremos en leer los corazones de los dos referidos generales. Si la conducta del primero puede llamarse inconsecuente, la del segundo fue pérfida, y de una perfidia de que presenta la historia muy pocos ejemplares.

He aquí el pormenor del suceso del 8 de julio, que hizo tanto ruido en la nación y en los países extranjeros.

Los batallones de Soria, Valencia, Asturias, Canarias, Aragon, Guias y 1.º de Cataluña, se hallaban acampados en el paseo de la Vitoria del Puerto de Santa María con la brigada de artillería de á pie, destinada al ejército expedicionario. El general Sarsfield se hallaba con parte de la caballería en Jerez de la Frontera, el conde del Abisval estaba en Cádiz con los batallones del Rey, Príncipe, Princesa y Guadalajara. El 2.º de Cataluña y América guarnecían la ciudad de S. Fernando. El escuadrón de artillería volante estaba en Puerto Real, y los batallones de Sevilla y Málaga en S. Lucar. Tal era la disposición que el 7 de julio tenían los cuerpos del ejército expedicionario.

Los batallones acampados en el Puerto tenían orden de formar á las cuatro de la mañana del día 8, como se verificaba casi siempre, para trabajar en línea. A las doce de la noche se recibieron noticias de que el conde del Abisval acababa de salir de Cádiz con los cuerpos de la guarnición, después de haber dado orden de que se publicase la Constitución, y se colocase la lápida para el día siguiente. Inmediatamente se esparció la incertidumbre y la inquietud por todo el campo. Unos se abandonaron á la esperanza: otros concibieron recelos justos y fundados, de que el paso del conde del Abisval encubría designios muy contrarios á los anunciados. Arco Agüe-

ro, que se hallaba en dicho campamento, escribió la ocurrencia al general Sarsfield, que era nuestra única esperanza, y le instaba á venir lo mas pronto que pudiese. Mientras tanto los gefes y demas oficiales sabedores del proyecto, se juntaron para resolver lo que seria mas conveniente en aquellas circunstancias. Era natural que las esperanzas de unos, los temores de otros, y las dudas en que estaban envueltos casi todos, no produgesen ningun paso abierto y decidido. Una parte de los oficiales no era del secreto, la tropa, aunque algun tanto preparada, no estaba sondeada abiertamente.

Los cuerpos desfilaron lentamente hácia el Palmar, á tomar sus posesiones ordinarias. Cuando se hallaban ocupados en dicha operacion, y envueltos en la incertidumbre que puede imaginarse, vieron la caballería que se acercaba por el lado de Jerez. El general Sarsfield que la conducia la hizo detenerse, y mandó dar la voz de viva el Rey, que se oyó perfectamente en todo el campo. El conde del Abisval apareció inmediatamente por el lado opuesto seguido de toda la guarnicion de Cádiz, menos el batallon del Rey, que estaba de servicio, y el batallon de América, que habia tomado en S. Fernando. Su presencia inopinada produjo mil afectos diferentes; y aprovechándose él mismo de la incertidumbre que reinaba en los espíritus y del ascendiente que egercia en las tropas, recorrió con rapidez los batallones, hizo dar la voz de viva el Rey á todos ellos, y mandó arrestados sus gefes al principal, que se puso por entonces en el cuartel del Polvorista.

Estos gefes eran el brigadier D. Demetrio O-Daly, primer comandante de Canarias; el teniente coronel D. Lorenzo Garcia, primer ayudante del mismo; el coronel D. Antonio Quiroga, primer comandante del batallon 1.º de Cataluña; el coronel de Aragon Don

Antonio Roten; el teniente coronel del mismo Don Alejandro Benisia; el coronel D. Joaquin Ponte, comandante de la brigada de artillería; el coronel D. Felipe de Arco Agüero, ayudante general de la plana mayor del ejército; D. Ramon Labra, comandante del batallon de Guias, D. Juan Peman, capitán del mismo; los comandantes 1.º y 2.º de Soria D. Salvador Berrio y D. José Malpica; los de Valencia D. Sebastian de Velasco y D. José Cendrera; y los dos de Asturias D. Santos S. Miguel y D. Evaristo S. Miguel. Algunos de estos gefes no eran del secreto; mas era política envolverlos á todos en una misma causa.

El general en gefe despues de dado el golpe mandó distribuir una racion de vino á todos los cuerpos que se hallaban en el campo: destinó á distintos puntos los que se habian quedado sin gefes por entonces. Desterró á diversos parages los capitanes de los batallones de Asturias, Canarias y 1.º de Cataluña; mandó restituirse á Cádiz los cuerpos que le habian acompañado; y él se quedó en el Puerto con el de la Princesa, á quien se fió la custodia de los presos.

Dichos gefes, que se pusieron en la incomunicacion mas rigorosa, fueron trasladados de allí á dos dias á distintos puntos. El brigadier O-Daly, el coronel Roten y el capitán Peman lo fueron á la Isla de Leon: Arco Agüero, los San Migueles y Labra al castillo de S. Sebastian de Cádiz: el coronel Ponte y el teniente coronel Benisia al de Sta. Catalina de la misma plaza. Quiroga, Berrio, Velasco, Cendrera, Malpica y Garcia pasaron al convento de San Agustin del Puerto.

Así se malogró una empresa proyectada bajo los auspicios mas felices. Veinte y dos mil hombres de tropas escogidas, acostumbradas tanto tiempo á oír la voz del general en gefe, se hubieran alzado en

masa á la mas leve insinuacion de un hombre que recibió de la naturaleza el don raro de arengarlas. El genio del mal lo dispuso de otra suerte: mas estaba decidido que su influencia seria de poca duracion, y que hombres mas felices llegarían á terminar la empresa malograda á los principios en manos de sus compañeros desgraciados.

El fuego que el conde del Abisval habia encendido era muy dificil de apagarse. Cuando los espíritus toman cierto vuelo y se penetran de ideas que inflaman y llevan á otra esfera, es casi ya imposible volverlos al reposo en que se hallaban antes. Al abatimiento y consternacion que se apoderó del egército expedicionario, sucedió el dolor y la indignacion de verse burlados tan inicuaamente. La suerte que esperaba á los presos inflamaba mas y mas á sus amigos, y todo los indujo á continuar un proyecto en que se hallaba comprometida, no tan solo la nacion, sino tambien la seguridad personal de los que estaban empeñados de antemano. La diseminacion en que se hallaban los cuerpos del egército, no hacia fáciles los trabajos que las circunstancias exigian. La necesidad de abocarse muchas veces con los mismos presos, de llevarles noticias de lo que pasaba por afuera, é informarles en fin de lo que habian de responder, para que todos procediesen con arreglo, invertia mucho tiempo indispensable. Mas el egército expedicionario estaba resuelto á no retrogradar jamas, aunque las circunstancias prolongasen la grande obra, y la peste, que comenzó á declararse en la isla Gaditana, la suspendiese por entonces totalmente.

Este azote tan terrible comenzó sus estragos en la ciudad de S. Fernando, y llegó muy pronto á Cádiz, marcada, al parecer, por el destino para ser teatro de miserias y calamidades. Esta desgracia tan inesperada suspendió por entonces los trabajos emprendidos por la patria; y el ánimo desmayó un

momento á vista de una escena de mortandad , de que es preciso ser testigo para formar un juicio conveniente. El nuevo general en gefe conde de Calderon salió de Cádiz con su plana mayor , y toda comunicacion con dicha plaza quedó interrumpida por entonces. El batallon de Soria , al que cupo la suerte desgraciada de quedarse , fue la víctima del rigor de la epidemia. La mayor parte de sus oficiales que estaban comprometidos en la causa perecieron , y el batallon quedó reducido á la fuerza escasa de 400 hombres. Cádiz, que hasta entonces habia sido el foco de todas las empresas , pensó solo en sus propios males, mas el ejército expedicionario presentaba un aspecto diferente.

La epidemia habia cundido en casi todos los pueblos de la provincia marítima. Fue preciso sacar de ellos todos los cuerpos de la expedicion y acamparlos para ponerlos fuera de tiro del contagio. El campo que se destinó al intento fue el de las Correderas, junto Alcalá de los Gazules. El ejército separado desde el 8 de julio, tuvo el placer de verse reunido por segunda vez, aunque con motivo tan funesto.

Entonces se volvieron á anudar los lazos que la ausencia habia aflojado. Entonces la amistad, la patria y los juramentos tan solemnemente pronunciados volvieron á ejercer su influencia poderosa. Convencidos de que la salud de la nacion y la de los amigos desgraciados estaba entre sus manos , se decidieron del modo mas resuelto á salvar la una y libertar los otros. El ejemplo de lo que acababa de suceder con el general Sarsfield los hacia cautos para contar con gefes superiores , y despues de haber tanteado á algunos indirectamente , y pesado con madurez las circunstancias , quedó electo para general el coronel D. Antonio Quiroga , preso en Alcalá de los Gazules ; y para gefe de estado mayor el coronel Don Felipe de Arco Agüero , que como hemos dicho es-

taba en el castillo de San Sebastian de Cádiz.

Referir menudamente todos los pasos que se dieron, todas las conferencias que hubo para llevar adelante su proyecto, seria inútil. Basta indicar á los lectores que se trabajaba con el mayor ardor, la mayor perseverancia y el mayor peligro. El teniente coronel D. Fernando de Miranda, el capitán Don Manuel Sese, el teniente de artillería D. Manuel Bustillos, el teniente de Sevilla D. Santiago Perez, el ayudante de Asturias D. Baltasar Balcarcel, el teniente D. José de Sierra, el teniente de Canarias D. Nicolas Calzadilla, D. Vicente Beltran de Lis y D. Juan Mendizabal, encargados de los víveres del ejército; D. Antonio Alcalá Galiano, D. Sebastian Balleza, D. Domingo de la Vega, D. José Montera y D. Manuel Inclan, vecino de Cádiz, eran los principales agentes de los planes, y no perdonaban paso ni fatiga alguna para llevarlos á debido efecto. Montero, Inclan, Beltran de Lis y Mendizabal agregaron á este mérito el de hacer desembolsos pecuniaros. Los batallones mas decididos eran los de Asturias, Sevilla, Corona y España. Los demas se hallaban bastante preparados, y la mayor parte de sus oficiales decididos.

Entonces se presentó un hombre destinado á dar un impulso poderoso á esta gran máquina, un hombre de aquellos verdaderamente extraordinarios, que no se arredran nunca por obstáculos, ni creen imposible tentativa alguna cuando se deciden una vez á concebirla. D. Rafael del Riego, nombrado ayudante de plana mayor del ejército, habia llegado unos dias antes del desgraciado 8 de julio. Iniciado en el secreto y decidido á consagrarse á la libertad y prosperidades de su patria, se encendió en la mayor indignacion al ver abortado infelizmente un proyecto tan glorioso. La suerte desgraciada de los San Migueles, sus íntimos amigos, la de Arco Agüero y otros muchos compa-

:

ñeros de armas , no hacian mas que avivar el fuego de una alma exaltada por naturaleza. El mal estado de su salud le obligó á residir en Bornos cuatro meses con objeto de restablecerla. Separado del estado mayor, no se por qué obscura maniobra , fue nombrado 2.º comandante del batallon de Asturias, donde se incorporó el 8 de noviembre , debilísimo aun y quebrantado. La mayor parte de los oficiales del cuerpo eran sus amigos y decididos casi todos , y se comprometieron á ser los primeros, si fuese necesario , á levantar el grito de la libertad tan suspirada.

Los espíritus se pusieron entonces en una efervescencia extraordinaria. Riego , persuadia y apuraba. Los agentes ya nombrados de la insurreccion no perdonaban viage ni fatiga alguna. Quiroga, encerrado en el convento de santo Domingo de Alcalá de los Gazules , hacia cuantos esfuerzos eran practicable á un hombre de sus apuradas circunstancias. El pronunciamiento estaba resuelto y decidido , y aunque los obstáculos eran infinitos , eran mayores la constancia y el valor que se arrojaban á superarlos. El 1.º de año fue el designado para el rompimiento, que debia verificarse al mismo tiempo en todos los batallones convenidos. El de Asturias desde las Cabezas , y el de Sevilla desde Villamartin, habian de dirigirse sobre Arcos , bajo las órdenes del comandante Riego , para sosprender al general en gefe , su estado mayor y demas personas que pudieran oponerse á la ejecucion del proyecto. Los de España y la Corona , á las órdenes del coronel Quiroga , debian marchar rápidamente desde Alcalá y Medina al puente de Suazo , tomarle por un golpe de mano, entrar en San Fernando , y presentarse en seguida en la cortadura y Cádiz ; cuyas puertas debian serle abiertas, segun se estaba convenido. El capitan del regimiento de Canarias Oltra recorrió varios acantonamientos del egército , y llegó hasta Osuna , donde

se hallaban el escuadron volante , y la brigada de á pie de artillería.

Los obstáculos , como ya dejamos indicado, eran terribles. El batallon de Asturias acantonado en las Cabezas , estaba rodeado de tres cuarteles generales: el de la caballería del egército mandada por el general Ferraz en Utrera; el de la 2.^a division de infantería, á las órdenes del brigadier Michelena, en Lebrija ; y el del general del egército en Arcos. El general Cruz Mourgeon se hallaba un poco mas lejos en Moron con la primera division de infantería. Las grandes lluvias que comenzaron el 28 de diciembre no permitian sacar fuera de los pueblos á los batallones , con pretexto de revistas de armas ó paseos militares. Los caminos se hallaban casi impracticables.

El comandante Riego en tan apuradas circunstancias no halla otro camino para salir del pueblo con seguridad , que el de rodearle con centinelas que corriesen á cada instante la palabra , é impidiesen á todo el mundo la salida. Resuelto entonces firmemente á ejecutar lo que habia tanto tiempo proyectaba , se decidió á proclamar la Constitucion política de la monarquía promulgada en Cádiz en el año de 812. El teniente coronel D. Fernando Miranda , y el capitan Valcarcel , 2.^o ayudante de su batallon, á quienes comunica el pensamiento, le aplauden y le animan. El sargento 2.^o Pedro Aenlle , su escribiente entonces , mereció asimismo esta confianza , y puso de su mano el bando y las proclamas que debian publicarse al vecindario y á la tropa.

Llegó por fin el primer dia del año de 820 , y á las 9 de su mañana se oyó el primer grito libertador de nuestra patria. El comandante Riego á la cabeza de sus oficiales , proclama en voz alta la Constitucion tan suspirada por los buenos ; rasgo verdaderamente grande , rasgo de los mas atrevidos que

nos ofrecen las historias, rasgo sublime superior á todo elogio, y sin el cual no veria al presente nuestra España los dias de felicidad que tanto la distinguen. Los oficiales y tropa correspondieron con entusiasmo á su grito generoso, y no se oyeron por las Cabezas de San Juan mas que vivas y aclamaciones al comandante, á la Constitucion, y á la libertad, y prosperidad de la patria. El pueblo entero contemplaba esta escena con asombro, y solo podia manifestar su admiracion con el silencio. El comandante nombró provisionalmente para alcaldes constitucionales á D. Diego Zuloeta el menor, y á D. Antonio Zuloeta Beato, quienes luego que tomaron posesion de sus destinos trabajaron con la mayor actividad para proporcionar varios artículos de víveres que se les pidieron.

Era preciso ya dejar el pueblo, y el batallon emprendió su marcha á las 3 de aquella tarde, con direccion al cuartel general del ejército, entre incesantes vivas al ejército expedicionario, y á la patria. Los soldados animados de los sentimientos mas patrióticos, juraban á sus oficiales obediencia eterna, y se prometian mutuamente del modo mas solemne correr con constancia igual fortuna, y nunca separarse hasta dar término á la empresa comenzada. El pueblo quedó circumbalado, y el capitán de Asturias D. Vicente Lleo permaneció con orden de no abandonarlo hasta 4 horas despues de la salida del batallon.

Poco antes de proclamarse la Constitucion en las Cabezas habia llegado al pueblo Vicente Alcaraz, sirviente de D. Juan de Dios Mendizabal, con una carga de quesos, y otra de aguardiente, que remitia D. Vicente Beltran de Lis desde Xeréz. Este mozo infatigable y decidido por la buena causa merecia por su honradez y su fidelidad la confianza universal, y Riego no tuvo inconveniente alguno en per-

mitirle su salida para Arcos , con objeto de noticiar á los adictos á la buena causa la escena que habia presenciado. Asi lo hizo , y á las 12 de la noche estaba ya esperando con una carga de aguardiente en el camino.

El batallon seguia su marcha mientras tanto , y á las 2 de la mañana llegó al cortijo del Peral , distante un cuarto de legua de Arcos , donde se hallaban el teniente de artillería D. Manuel Bustillos , los capitanes D. Juan Pinto del batallon de Guias , y D. José Caravelos del de la Princesa , empleado en la subinspeccion de infantería ; todos confidentes de la empresa , y que debian contribuir á la sorpresa del cuartel general que estaba proyectada. Estos y algunos otros que se presentaron luego condujeron los oficiales y destacamentos á las casas de los gefes que debian arrestarse. Se continuó la marcha hasta las inmediaciones del pueblo , y se hizo alto ; esperando que nos avisasen los oficiales encargados de guiar el batallon de Sevilla , que debia entrar por la otra parte del puente ; mas corria el tiempo , y no se tenia la menor noticia de su llegada. Ya sonaban las campanas de las iglesias , y se oia el canto de los gallos , cuando el comandante general conociendo su crítica situacion , y temiendo que algun error malograra la atrevida empresa , manda abanzar *pronto, pronto* , á los oficiales que debian hacer las prisiones. El teniente Bustillos fue encargado de la mas importante , la del general en gefe : Miranda de la del gefe de estado mayor el general Fournas , y la del general Salvador se encargó al ayudante D. Baltasar Valcarcel. Riego seguia de cerca los destacamentos que acompañaban á estos y otros oficiales , á quienes habia dado iguales comisiones. Con 5 compañías formó en columna cerrada en la plazuela que está á la entrada de la ciudad por aquel sitio , y dejó sobre la altura que la domina por el mismo lado el res-

to del batallon , custodiando los equipages , y dispuesto á sostener su retirada en caso necesario.

El comandante general colocó sus compañías con el frente á la Corredera , y cubrió su retaguardia con dos abanzadas al extremo de dos calles. Dadas estas disposiciones se oyeron cinco ó seis tiros de fusilería , y con el designio de informarse del motivo deja el mando del batallon á su segundo , penetra por las calles con los gastadores , y llega á casa del general en gefe , quien no habiendo querido abrir su puerta , á pesar de las reflexiones que le hacia Bustillos , lo verifica entonces , y se entrega sin resistencia y con serenidad. Los tiros mandados disparar , al parecer por el teniente de granaderos D. Miguel Perez , alarmado por un movimiento que observó en la guardia del general , causaron la muerte de dos soldados de Guias , víctimas de un desgraciado error , sentidos amargamente de sus compañeros y de Riego. El comandante pasó en seguida á ejecutar la prision del sub-inspector Blanco , y del comandante Gabarri: Miranda llevó á efecto la del general Fournas : Valcarcel verifica la del general Salvador , y reunidos todos en el alojamiento del general en gefe , fueron conducidos parte en coche , parte á pie al cortijo del Peral , escoltados por la compañía de cazadores y la quinta de Asturias al mando del referido capitán Valcarcel.

El batallon de Sevilla , que se esperaba en Arcos , habia llegado á tiempo al castillo de Fain ; mas por una equivocacion no pudo entrar sino despues de verificadas las prisiones. Los dos cuerpos se vieron reunidos con el júbilo que puede suponerse. Riego fue reconocido por comandante general , cuya eleccion estaba convenida de antemano con el cuerpo de Sevilla ; y nombró por gefe de su estado mayor al teniente coronel D. Fernando de Miranda. Se tomaron en seguida todas las precauciones necesarias , y se

pensó en dar descanso á las tropas, sin exponer su seguridad por parte del batallon de Guias, que se hallaba en el cuartel general, y no se habia decidido enteramente. De todo se dió parte inmediatamente al general Quiroga.

Los oficiales del batallon de Guias, Pinto, Valle, Solana, Corral, Combé y otros varios, habian preparado de antemano algunas compañías en favor de la causa de la patria; y se debió á su patriotismo que siguiesen las demas su egemplo, y uniesen sus banderas á las de los dos batallones ya expresados. El de Guias se formó en la plaza á las 8 de la mañana del siguiente dia 2, y acabó de decidirse. Entonces fue cuando se supo con toda claridad que el alzamiento se habia reducido solo á los batallones de Asturias y Sevilla, y segun se aseguraba á los de España y la Corona.

La situacion en que se hallaban estas tropas era verdaderamente extraordinaria. El comandante, dueño ya del cuartel general, se vió rodeado de mil objetos nuevos, y entre los que ocupaban su atencion no pudo menos de fijarla detenidamente sobre 12000 hombres del egército expedicionario, disponibles para obrar contra su empresa. Sin embargo, con dos batallones solamente, y otro de cuya decision no estaba muy seguro, siguió sin arredrarse su camino, y resolvió probar fortuna á todo trance.

Se estableció el sistema constitucional nombrándose alcaldes interinos por el comandante. El intendente del egército D. Domingo de Torres puso por su órden á su disposicion 11000 duros, únicos que se hallaban en tesorería. Diéronse las disposiciones convenientes al régimen del pueblo y de la tropa; y se empleó gran parte del dia en officiar á los cuerpos comprometidos, estrechándolos á que verificasen sin dilacion el rompimiento. Era ya de noche, y no se tenia noticia del movimiento que debian

egecutar sobre el puente Suazo los batallones de España y la Corona, al mando del general electo. A pesar de esto, el teniente D. Antonio Ramon Miró, que se hallaba en el cuartel general, habia salido por disposicion de Riego, llevando á sus órdenes un destacamento de los tres cuerpos unidos, con objeto de dar un evidente testimonio á los de España y la Corona de todo lo ocurrido. Con la misma direccion y el mismo objeto salieron el capitan de Sevilla Don Francisco Osorio, el teniente del mismo D. Ignacio Silva y el ayudante D. Baltasar Balcarcel.

El mal estado de salud en que se hallaba Riego no le impidió salir á las tres de la mañana del siguiente dia con un destacamento de 300 hombres, á fin de atraerse el batallon 2.º de Aragon, que estaba en Bornos. Algunos oficiales de este cuerpo habian venido á darle parte de sus disposiciones favorables, y el decidido D. Felix Zuasnabar, trasladado ya á Arcos con su compañía, acabó de persuadirle de que no le seria dificil ganar con su presencia el batallon entero. Cayó, pues, sobre Bornos al amanecer, y colocando una vanguardia desplegada en batalla sobre la altura que domina el pueblo, repartió el resto de su tropa en los puntos donde podia parar mas facilmente cualquiera golpe inesperado. Riego con su impaciencia natural se adelantó hasta el pueblo, acompañado de su asistente Manuel de Castro, cazador de Asturias, y dos ordenanzas de caballería. El teniente de Aragon Valledor se le presentó en este punto con su comandante D. Juan Llanos, que él mismo habia hecho prisionero en la guardia que estaba á la salida del pueblo, con motivo del cordon de sanidad. Dicho comandante fue tratado por Riego con bondad y consideracion, habiéndosele concedido permanecer en Arcos, puesto que ni queria ponerse á la cabeza de su batallon para auxiliar el alzamiento, ni impedir que se verificase su union con los tres cuerpos ya espresados.

El referido Valledor y los subalternos Alonso, Arrevillaga, Mogrobejo, Sanchez, Juasnabar, Sorrazabal, y algunos otros, que habian pasado á Arcos, sin contar ni con gefes, ni con ayudantes, ni con capitanes, tenian tan dispuesta ya la tropa, que pudieron á la mañana siguiente coronar la obra. El batallon salió de sus alojamientos al toque de generala mandada por el comandante Riego. El teniente de Guadalajara, don Francisco Ruiz, ayudante de este gefe, tuvo orden de recorrer con los ordenanzas de caballería que habian traído á su grupa los oficiales ya nombrados, las inmediaciones del pueblo, por las avenidas de Espera, Coronil, Montellano y Villamartin, mientras la operacion se concluia, y que se llevó á efecto á satisfaccion de todos, habiendo salido el batallon tambor batiente, con las mayores muestras de alegria. Para colmo de satisfaccion las tropas trageron entre filas 16000 duros que la noche anterior habian llegado á manos de don Pedro Insua, comisionado por la Real Hacienda; y el comandante del destacamento que dicho batallon daba en Espera, compuesto de 160 hombres, se presentó por el camino de esta villa y se incorporó á la columna, sin mostrar las mas pequeña repugnancia á las órdenes recibidas de su gefe. Ufano con tal adquisicion despachó inmediatamente un parte á su gefe de Estado Mayor, don Fernando Miranda, quien en su vista determina recibirle con todos los cuerpos formados en batalla en la calle de la Corredera. La entrada se verificó con las aclamaciones y vivas de los oficiales y soldados, que le proclamaron unánimemente comandante general, rebosando todos el placer de ver reunidos cuatro de los mejores cuerpos del ejército, bajo las órdenes de un gefe tan decidido por la patria.

Las cosas presentaban un semblante halagüeño y favorable; mas la falta de noticias del movimiento de

:

los cuerpos de Quiroga, inquietaban el espíritu del comandante. Sin embargo, se trabajaba incesantemente en Arcos, según lo que exigían las nuevas circunstancias. Las autoridades civiles y militares, los oficiales sueltos del ejército, y los empleados de la Real Hacienda, juraron solemnemente la Constitución en la plaza del Castillo, y se dieron pasaportes á los que quisieron retirarse. Los batallones juraron defender la justa causa, penetrados de entusiasmo. Y las proclamas dirigidas en las Cabezas al de Asturias fueron escuchadas con aclamaciones. Al caer la noche pareció conveniente al comandante general trasladar al alcazar de la ciudad á los generales y gefes que estaban presos en un cortijo, como ya hemos indicado. Nada ocurrió en el resto de la noche, ni en toda ella se supo noticia alguna de los batallones de España y la Corona. Mas ya es tiempo de dar cuenta de estos dos cuerpos que estaban, como hemos dicho, en Medina y Alcalá de los Gazules, y debían moverse á las órdenes del general Quiroga.

Encerrado á la sazón en el convento de santo Domingo de Alcalá de los Gazules, debía ponerse en movimiento, según estaba concertado, la noche del primero; pero el mal estado de los rios, que según noticias ciertas se hallaban totalmente intransitables, suspendieron su operacion hasta la mitad del dia siguiente. El batallon de España, que estaba acantonado en Alcalá, salió entonces á situarse á media legua, y el general Quiroga fue recibido en sus banderas con aclamacion, según estaban convenidos. Puesto á su frente tomó el camino de Medina, donde el batallon de la Corona se le reunió muy fácilmente, y con los dos cuerpos se dirigió incontinentemente al puente Suazo.

Las lluvias de los dias anteriores habian puesto los caminos del todo intransitables. Los soldados se enfangaban hasta media pierna; perdian los zapatos; se fa-

tigaban en extremo, y no adelantaban, como sucede de ordinario en toda expedición nocturna. Debiendo llegar al amanecer del tres al puente Suazo, para no ser vistos, no pudieron verificarlo hasta las nueve. Algunos refuerzos de Guias, y otros cuerpos que esperaban en el camino al general Quiroga para unirse á sus banderas, mudaron según se vió de parecer, pues no se presentaron. La situación del general era muy crítica, y no hubiera sido extraño le hubiesen descubierto; mas la indolencia y el abandono de los gefes de la Isla le salvaron.

El capitán del batallón de la Corona don Miguel de Badenas, se avanzó con las compañías de granaderos de su cuerpo, y desarmó la avanzada del portazgo, que formaba el cordón de sanidad. Sin detenerse un punto pasó en carrera al puente Suazo, de cuyo punto se apoderó al momento. El batallón de la Corona se adelantó en seguida; á muy poco trecho se movió el de España, y de este modo los dos batallones nacionales se vieron dueños del punto importantísimo de la ciudad de san Fernando.

El general Quiroga mandó proceder al arresto de Cisneros, y á la ocupación de los puntos de Torre-gorda y casería del Osio. El estado de cansancio y de fatiga en que se hallaban los soldados después de una marcha nocturna y tan molesta, no le permitieron pasar mas adelante. La confianza que tenia por otra parte de que Cádiz abriría sus puertas al instante que se supiese la noticia de su venida á san Fernando, le movió á darles algunos momentos de reposo. El tiempo apuraba mientras tanto, y nadie parecía de Cádiz. Sus dos batallones componían la fuerza de 1300 hombres, y la gente del batallón de la Corona se componían casi toda de reclutas. El del depósito, que se hallaba en san Fernando hasta el número de 400 hombres, cumplidos todos ellos, inspiraba una justa desconfianza; los puntos impor-

tantes ocupados, exigían gente que los defendiese en cualquiera coyuntura. Las circunstancias no permitían pues al general Quiroga el marchar con mano armada á Cádiz, y su situación, aun ocupada la ciudad de san Fernando, no era verdaderamente de las mas felices.

En tanta incertidumbre se acercó la noche, y el general destacó entonces al capitán de la Corona don José Rodríguez Vera, para que se apoderase del fuerte de Puntales, habiéndose informado de que en la Cortadura no había tropas ni artillería en estado de hacer fuego. Rodríguez emprendió su marcha sin guías, por no haberlos encontrado, y como no conocía el terreno se acercó á la Cortadura, donde le recibieron á balazos, habiéndole hecho retroceder con la pérdida de tres hombres, que quedaron muertos en el campo de batalla.

Esta desgraciada circunstancia hizo conocer claramente al general Quiroga, que Cádiz se había puesto en estado de defensa. Los amigos de la libertad que estaban dentro, no habían podido fomentar y llevar á feliz término la insurrección que deseaban. No siempre los resultados corresponden á los planes en todas las intrigas, y los elementos de que se componen las conspiraciones, son muchas veces demasiado complicados para poder combinarlos felizmente. Los patriotas no desmayaron, mas el proyecto se encontró superior á sus medios por entonces. El batallón de Soria estaba muy destituido: los oficiales con quienes mas contaban habían perecido en la epidemia; los gefes no eran buenos; los mismos servicios contraídos por el cuerpo, durante este azote que afligió la plaza, daban á sus individuos otras esperanzas, y no eran estímulos poderosos para un alzamiento. En suma, el proyecto se abortó, y el general Campana habiendo sabido aprovecharse de la incertidumbre que reinaba en los espíritus,

mandó rápidamente tropas á la Cortadura, aumentó hasta tres pesetas el prest diario de los de la milicia urbana, y contrarestó por su actividad y diligencia los esfuerzos hechos en favor de la libertad por los patriotas.

Mientras tanto Riego, ignorante del movimiento de Quiroga, trató de emprender la marcha la mañana del 3, con sus cuatro batallones, con direccion á Medina y Alcalá de los Gazules, para reunirse con los cuerpos de España y la Corona, por si algunas circunstancias imprevistas les habian impedido ponerse en movimiento. Su objeto era ademá el atraer á sus banderas al batallon del Príncipe, que se hallaba en Ximena, y al de América, que estaba en Bejer, ambos comprometidos de antemano. Pero los oficiales de su pequeña division le expusieron la imposibilidad de vadear el rio Majaceite, sumamente acrecentado por las lluvias, y le insinuaron era mas seguro y ventajoso dirigirse sobre Xerez de la Frontera para inteceptar el correo de Cádiz á Madrid; objeto mucho mas interesante que la adquisicion de los referidos batallones. El comandante, cediendo á sus repetidísimas instancias, cambió la órden, y suspendió su salida hasta las cuatro de la tarde; y para conciliar los ánimos de los soldados de Guias, algo indispuestos con la muerte de sus dos compañeros acaecida desgraciadamente, cuando se verificó la prision del general en jefe, se les dió una comida en la plaza del castillo, á la que asistieron algunos de los otros batallones, y que fue servida por los oficiales.

A la entrada de la tarde se supieron las ocurrencias de la ciudad de san Fernando, ya indicadas; y el ayudante de Riego, don Santiago Perez, salió inmediatamente para esta última ciudad, á noticiar á Quiroga de su marcha.

El comandante general Riego salió en seguida

con direccion á Xerez de la Frontera. Los generales y demas gefes arrestados seguian á caballo, por no permitir hacerlo en ruedas la mala situacion de los caminos. Ninguna diligencia fue omitida para proporcionar á estos señores todas las comodidades debidas al decoro y á su clase; mas á pesar de las señales de adhesion que el comandante general recibia á todos los momentos de la tropa, las circunstancias exigian que se apartasen de su vista unos gefes que eran obedecidos ciegamente cuatro dias antes, y podian extraviarlos fácilmente. Se hizo alto en el cortijo de la Peñuela; y habiéndose continuado la marcha despues de haber dado á la tropa el aguardiente, hizo su entrada á las ocho de la mañana del cinco en Xerez, proclamando con gritos de júbilo la Constitucion.

El arrojo inesperado, y la venida inopinada de estos batallones de patriotas, no podian producir otros efectos que el asombro en pueblos habituados con el sufrimiento de la servidumbre. La ciudad populosa de Xerez de la Frontera ofreció este asombro pintado en todos los semblantes, y solo un individuo, don Manuel Rafael Pol de Quimbert, se declaró por nuestra causa, victoreando á voces la Constitucion, y la tropa que trataba de restablecerla. Dirigiéndose al comandante, de quien no se apartó mientras estuvo en dicho pueblo, le dijo mostrándole un egemplar de ella: "esta la tenia yo sepultada seis años há para sacarla á luz en este dia de gloria, suspirado por todos los amantes de la pátria."

No se olvidó el comandante de destacar la compañía de granaderos de Asturias á hacer la aprehension del general Sarsfield, mas habia desaparecido la noche antecedente. Despues que hizo alto con su tropa, y la formó en la plaza del Arenal; pasó él mismo con dos ayudantes y cuatro ordenanzas al telégrafo; anunció al gobernador de Cádiz la llegada de

la division, y le intimó la rendicion de dicha plaza, bajo la responsabilidad de todas las consecuencias que pudiese producir el no verificarlo. Este rasgo parecerá tal vez baladronada, mas si no se conseguia consternar el ánimo del gobernador que ignoraba el número de las tropas nacionales, se alcanzaba al menos la ventaja inapreciable de inflamar el ánimo de los soldados é inspirarles osadía.

En seguida pasó á las casas del ayuntamiento, nombró alcaldes constitucionales interinos, y habiéndoseles exigido por el gefe de estado mayor el juramento de la Constitucion, segun las formalidades ordinarias, se les dió orden para que la publicasen solemnemente al otro dia. Despues de medio dia llegó un teniente de la Corona con oficio del general Quiroga para el comandante, manifestándole el descontento por la tardanza de sus compañeros. A las cuatro de la tarde se continuó la marcha entre las vivas y aclamaciones del pueblo, vuelto ya en sí de su primer sorpresa. Los generales arrestados, á quienes por motivos de política no habia permitido Riego atravesar el pueblo, habian seguido la marcha por afuera escoltados por las compañías de cazadores de Sevilla y Asturias, al mando del capitán D. Roque de Arizmendi, quien se detuvo á un cuarto de legua para esperar el resto de la division que llegó ya tarde y muy cansada al puerto de Santa Maria.

La tropa tomó alojamiento en sus cuarteles, y despues de haber dado las disposiciones que convenian por entonces; se retiraron el comandante general y sus compañeros á tomar algun descanso. Entre la una y dos de la mañana fueron agradablemente sorprendidos con la llegada de O-Daly, Arco-Aguero, Labra, los San Migueles y Marin, que se habian escapado del castillo de S. Sebastian aquella noche. Estos oficiales que habian sufrido

por seis meses una prision dura, y de que no esperaban quizá el término, debieron su ansiada libertad á la decision heróica de Riego y sus valientes compañeros. El digno patriota D. José Diez Insbrecht, vecino de Cadiz, les habia proporcionado á costa de mil riesgos un místico que les sacó fuera del castillo. El capitán D. Rafael Montés, comandante del destacamento del castillo, tuvo la sublime generosidad de acompañarlos en su fuga, y exponerse por ellos á los inminentes riesgos que los amenazaban. Estos fugitivos desembarcaron á la una de la noche en la playa del puerto de Santa Maria, un poco desviados del castillo de Santa Catalina, sin saber á punto fijo si se hallaban en el pueblo tropas nacionales. La necesidad de tomar algun partido les hizo seguir adelante á cualquier riesgo: la primera avanzada que encontraron les sacó de dudas acerca de su suerte; luego que supieron la venida de Riego con sus tropas volaron á su alojamiento.

¿Cómo es posible manifestar á los lectores el torrente de alegría que inundó los corazones de unos y otros al verse inesperadamente reunidos en circunstancias tan gloriosas para la nacion, y en el parage mismo en que se habia trastornado tan dolosamente el plan primero de salvarla? ¿Quién dirá la multitud de preguntas y respuestas, apenas comenzadas cuando interrumpidas? ¿Quién las demostraciones de ternura y las protestas mútuas de reunir todos sus esfuerzos y sacrificios en obsequio de la patria? Los oficiales fugitivos abrazaron á Riego y sus valientes compañeros, como á sus genios tutelares, y el placer que produjo tan feliz encuentro compensó algun tanto las amarguras que abortó el fatal 8 de julio.

Al amanecer tuvo la satisfaccion el comandante general de reponer en sus empleos respectivos á los San Migueles, y al comandante D. Ramon de

Labra. A las diez se formó la division en el campo de la Victoria, y el general, oficiales y soldados asistieron al santo sacrificio de la misa celebrado por D. Clemente Ortiz, capellan del batallon de Asturias. Los mas fervientes votos por la libertad y prosperidades de la patria fueron dirigidos al Todopoderoso, quien oyó unas súplicas en que se interesaba hasta el bien de la santa religion de nuestros padres.

Concluido este acto religioso, pasó el Comandante general acompañado de toda la oficialidad y de un destacamento de los granaderos de la division precedido de la música de Sevilla á las casas del ayuntamiento, donde hizo el nombramiento provisional de los alcaldes constitucionales, quienes prestaron el juramento prevenido en manos de Don Fernando de Miranda, á presencia del pueblo reunido en la plaza para un acto tan solemne.

A las cuatro de la tarde se puso la division en marcha para la ciudad de S. Fernando. La lluvia copiosísima que sobrevino obligó á la mayor parte de los oficiales y tropa á pasar en Puerto Real aquella noche. El comandante Riego, seguido de su estado mayor y otra gran parte, siguió hasta S. Fernando con la impaciencia de reanimar el espíritu de aquellas tropas, y llevó consigo los generales detenidos. El dia 7 por la mañana llegó á la isla el resto de la division en pequeños trozos ó destacamentos, sin haber sido molestada por los fuegos que se temian desde la Carraca. Las incomodidades del camino, y tal vez la falta de buena voluntad y de constancia, originaron una desercion bastante considerable aquella noche, sobre todo por parte de los Guías.

Reunidas ya, como llevamos dicho, en la ciudad de S. Fernando todas las tropas nacionales con la satisfaccion y alegria que debe presumirse, tanto por parte de los gefes como por la del resto de las



clases, se procedió á tomar las medidas conducen-
tes á dar á la grande obra aquella importancia, so-
lidez y dignidad que debian asegurar sus felices re-
sultados.

Los batallones que teniamos ya reunidos en
aquella época ascendian á siete, á saber: Asturias,
Sevilla, España, Corona, 2.º de Aragon, Guias y
el Batallon del depósito, que al fin se decidió por la
causa de la patria, y tomó el nombre de veteranos
nacionales; ninguna artillería ni caballería.

La noche del 7 se reunieron en casa de Quiroga
todos los gefes, y los principales motores del alza-
miento de las tropas, con objeto de arreglar defini-
tivamente la planta que se habia de dar á nuestro
ejército. D. Antonio Quiroga quedó reconocido nue-
vamente por general en gefe; D. Rafael del Riego
fue nombrado comandante general de las tropas
existentes que debian formar la primera division,
dejando para la segunda los batallones comprometi-
dos que se esperaban de un momento á otro. El co-
ronel D. Felipe de Arco Agüero fue nombrado ge-
fe del estado mayor general; el segundo coman-
dante de Asturias D. Evaristo San Miguel, segun-
do gefe de idem, y D. Fernando Miranda, segun-
do comandante de Soria, quedó con el mismo ca-
rácter de gefe de estado mayor de la primera divi-
sion á las órdenes de Riego.

De los siete batallones ó primera division se for-
maron dos brigadas: la primera, compuesta de los
batallones de Asturias, Corona, Guias y Vetera-
nos, se puso á las órdenes de D. Santos San Miguel,
primer comandante de Asturias, á quien se dió por
gefe de estado mayor al teniente de artillería D. Ma-
nuel Bustillos: la segunda, compuesta de los bata-
llones de Sevilla, España y Aragon, se encargó al
teniente coronel D. Gerónimo Valle, que recibió por
gefe de su estado mayor al capitán D. Andrés Bazan.

Y como era absolutamente indispensable reemplazar las plazas vacantes en los batallones, sobre todo las de comandantes, de que faltaba entonces una parte muy considerable, quedaron en el batallón de Asturias D. Santos San Miguel (que conservó este mando, á pesar de que tenía el de toda la brigada), y D. Anselmo Inunigarro: en el de Sevilla D. Antonio Muñiz y D. Francisco Osorio: en el de España D. Fernando Argañiz y D. Manuel Fonfeda: en el de la Corona D. José Rodríguez Vera y D. Mariano Chaves: en el de Aragon Don Lorenzo Garcia y D. Francisco Sabater: en el de Guías D. Ramon Labra y D. Roque de Arizmendi: en el de Veteranos nacionales D. Francisco Valdés y D. Pablo Viver.

El día 8 se publicó solemnemente la Constitución, se nombró el ayuntamiento constitucional, y se colocó la lápida en la plaza de su nombre. Las calles estaban llenas de un gentío inmenso. El júbilo y el alborozo estaban pintados en todos los semblantes. Militares, paisanos, todas las clases confundidas contemplaban llenos de entusiasmo un espectáculo que renovaba tantas glorias ya pasadas, y preparaba su restauración quizá con mayor brillo.

El punto de la ciudad de S. Fernando ponía las tropas nacionales al abrigo de un golpe inesperado, proporcionaba las ventajas de víveres de primera necesidad por mucho tiempo, con el auxilio de todas municiones y pertrechos. A su abrigo se podía dar á los soldados, entre los que había muchísimos reclutas, la instrucción, que les era indispensable. Su carácter moral se fortificaba con la seguridad de no poder ser sorprendidos, y con la esperanza de que los obstáculos que ofrecía la ciudad de Cadiz, desaparecerían como el humo.

Mas estos obstáculos iban en aumento. El general Campana y el gobernador redoblaron su acti-

vidad y vigilancia. La guardia urbana se afianzó mas y mas en el partido de la servidumbre. El cuerpo de marina, que no tenia motivo alguno de amar el sistema opresor que le arruinaba, corrió ardiente á defenderle. La Cortadura se vió pronto cubierta de hombres y cañones. Todas las partidas sueltas que se hallaban en Cadiz formaron un batallón con nombre de Leales de Fernando VII. Se tomaron al mismo tiempo las medidas de policia mas severas, y los buenos se vieron frustrados en sus patrióticos proyectos.

El resto del ejército, cuyo pronunciamiento se aguardaba de un momento á otro, permaneció pasivo. Los cuerpos que estaban mas comprometidos, ó por verse demasiado separados de la isla, ó por otros motivos que en tales circunstancias influyen tanto en el ánimo del hombre, no dieron muestras de moverse. Los batallones de infantería tuvieron orden de alejarse del punto de la isla. El general D. José O-Donnell habia salido con algunos destacamentos de Algeciras, esparcido una proclama contra nuestras tropas, y hecho la adquisicion del batallón del Príncipe. Freire, que reusaba al principio ponerse al frente del ejército realista, acababa de tomar el mando, y todo comenzaba á tomar un aspecto hostil contra nosotros.

Estas circunstancias eran las mas críticas en que podiamos encontrarnos por entonces. El carácter de toda subversion civil ó militar es cundir rápidamente, ó ser sofocada en el instante. Nuestra revolucion, circunscripta á los muros de la Isla, no avanzaba ni retrocedia. El soldado, que se veía defraudado de la esperanza de ver generalizado el alzamiento, podia desmayar y disgustarse. Las proclamas de Cadiz que le ofrecian perdon, y le pintaban á sus gefes como gavilla de facciosos, debian influir mucho en débiles espíritus. La gran fatiga

que tenían, las lluvias copiosas que sobrevinieron, el mal estado y ninguna comodidad de los cuarteles, eran otros motivos naturales de disgusto; mas á pesar de todo, no pudo percibirse el mas pequeño desaliento, y dieron muestras nada equívocas de estar prontos á cualquiera sacrificio para el logro de la empresa.

El 9 por la noche se recibió noticia de que el escuadron y brigada de artilleria con el batallon ligero de Canarias venian de Fuentes y de Osuna con intencion de reunirse á nuestro ejército. El general en jefe dispuso que el comandante general Riego hiciese una salida con objeto de proteger su entrada en S. Fernando. Dicho jefe lo verificó al amanecer del 10 con una columna de 1200 hombres, compuesta del batallon de la Corona y varias compañías de Asturias, Sevilla y Aragon. Se dirigió con ella al puerto de Santa Maria, donde á la sola noticia de su llegada, huyó la caballería que estaba acantonada en la ciudad, y fue perseguida por una guerrilla nuestra hasta mas allá del Palmar, despues de habersele disparado algunos tiros en el puente de S. Pedro. El valiente cazador Navarro, de Sevilla, se les habia presentado con la mayor resolucion, y sin armas, en clase de parlamentario; y habiendo sido muy maltratado por ellos, fue condecorado por el general con el grado de sargento.

No es posible manifestar el entusiasmo con que los habitantes del puerto de Santa Maria celebraron el arrojó de las tropas. Sus aclamaciones y vivas repetidos mostraban bien el aprecio con que los miraban. Los paisanos seguian á Riego á todas partes, arrebatándose las proclamas que esparcia. Los discursos cortos y elocuentes que les dirigia este jefe, eran escuchados con gozo y entusiasmo. Los deseos de que los españoles se decidiesen por la causa de la patria estaban pintados en todos los semblantes.

El comandante general despues de haber disfrutado de esta escena, mandó dar un refresco á los soldados y dispuso su retirada para Puerto Real, sin ser incomodado por el enemigo.

El 12 se publicó la Constitucion en este pueblo, y en la misma noche recibió orden del general Quiroga para que marchase la columna sobre Medina y Alcalá, donde se hallaba el comandante general del campo de San Roque, ya nombrado, con alguna fuerza de infantería y caballería, esparciendo proclamas contra los defensores de la patria. Salió, pues, la mañana del siguiente dia en medio de repetidos vivas y aplausos de los habitantes, que mezclándose en las filas confundian sus voces con las de los soldados. A su llegada á Medina todas las autoridades civiles y militares se ofrecieron á preparar el alojamiento de tan dignos huéspedes, y en breves instantes se dispusieron dos conventos completamente iluminados, para acuartelar á los oficiales y á la tropa.

La copiosa lluvia que sobrevino el dia siguiente, y la consideracion de lo intransitables que debian haberse puesto los caminos y varios arroyos, que era preciso atrevesar, determinaron al comandante general á permanecer en Medina el dia 14: á las doce de la noche dió orden á su ayudante de campo Don Baltasar Balcarcel para dirigirse con las compañías de granaderos y quinta de Asturias á Vejer, donde se hallaba el batallon de América, llevando un oficio á su comandante para que se reuniese á la columna. Mas una orden del general en jefe recibida á las siete horas desconcertó los proyectos del comandante general, quien mandó aviso á Varcancel inmediatamente para que desistiese de la empresa y se dirigiese sobre San Fernando. He aquí el motivo de esta orden de Quiroga.

El escuadron de artillería y el batallon ligero de

Canarias, que como hemos dicho venian á reunirse con las tropas de la Isla, verificaron su entrada en San Fernando el dia 10 á las siete horas de haberse ejecutado la salida del comandante Riego. Los batallones nacionales recibieron con transportes de alegría este par de cuerpos, que aunque muy estropeados y disminuidos en tan larga marcha, daban esperanzas de mas adquisiciones. El escuadron de artillería estaba reducido al número de 100 plazas de á caballo sobre poco mas ó menos, sin ninguna pieza; mas tenia al frente á su digno comandante Lopez Baños, cuya decision, valor y talentos militares son bien conocidos. El de Canarias, compuesto de poco mas de 120 plazas venia á las órdenes de su segundo comandante D. Francisco Bermudo. La mayor parte de los oficiales de la brigada de á pie, con un resto de la tropa, verificaron tambien su entrada el mismo dia.

El general Quiroga y casi la oficialidad entera de las tropas nacionales, conocian la verdadera crisis de nuestra situacion, y ardian todos en deseos de que tomase un carácter marcado y decidido. Las noticias del ejército eran todas tristes y alarmantes. La actividad y vigilancia de los generales de Cádiz dificultaban mas y mas nuestra entrada en dicha plaza. Las proclamas de nuestros enemigos, de que se hallaban siempre algun egemplar en las esquinas, nos inquietaban y disgustaban hasta el infinito, por la influencia que podian tener en los soldados, tan fáciles de ser movidos. No contentos con emplear estos medios políticos y militares, se pusieron en movimiento las armas de la iglesia. El Illmo. Sr. Obispo de Cádiz expidió una pastoral, en que no se escaseaban ni sofismas, ni dicterios. Todo, pues, se nos mostraba obscuro, y nos ponía á la vista la necesidad indispensable de salir de tanta inaccion é incertidumbre.

El importante punto de la Carraca no era nuestro todavía. Este establecimiento nos convenia infinito por muchísimas razones, siendo entre las principales dejar bien cubierto nuestro flanco, y desembarazar la comunicacion de Puerto Real á San Fernando. El general Quiroga y los gefes que componian la junta militar (*) decidieron un ataque nocturno sobre la Carraca, que por su situacion no podia ser tomada sino por un movimiento imprevisto y repentino. El teniente de fragata D. Francisco Guiral, segundo ayudante de estado mayor de nuestro ejército, hombre activo, laborioso, infatigable, dispuso todos los preparativos para la pequeña expedicion, que debia ir en lanchones desde el puente Suazo.

A las nueve de la noche del 12 se formaron secretamente en el cuartel de Pabellones 400 hombres, que se habian creido suficientes para dicha empresa, tomados de los batallones de Guías, Asturias y Aragon, á los que se dió por gefe al primer comandante de este último, D. Lorenzo García. A las diez comenzaron á desfilarse con el mayor silencio, y llegaron al puente Suazo, donde se hallaba el general Quiroga, quien los arengó, y mandó en seguida darles aguardiente. A eso de las once y media de la noche se embarcaron en las lanchas preparadas, y comenzaron á vogar lentamente con direccion á la Carraca.

Esta empresa era tan difícil y atrevida como importante y necesaria. Solo un momento afortunado y las tinieblas de la noche podian terminarla felizmente. Los nacionales envueltos en la obscuridad llegaron á la Carraca sin ser percibidos por las baterías, que los hubieran hecho piezas. Un artillero que los distinguió por fin, dió voces y esparció la alar-

(*) Esta junta la formaban ordinariamente el general Quiroga, Riego, O-Daly, Arco Agüero y Lopez Baños y D. Evaristo San Miguel, que hacia tambien de secretario.

ma. Las tropas que habia dentro se comenzaron á formar en confusion, en desórden y en tumulto. El bizarro capitan Combé de granaderos de Guias, que iba á la cabeza, se aprovecha de esta circunstancia, se avanza intrépido con sable en mano, penetra seguido de los suyos en el fuerte, y abraza á un oficial que estaba formando sus soldados. El prestigio que egerce siempre la osadía los vuelve inmóviles, y los 400 hombres de las tropas nacionales se ven dueños en un abrir y cerrar de ojos del arsenal de la Carraca.

El general en gefe y demas, sabedores de la empresa, que se habian quedado en San Fernando, estaban esperando con la mayor ansia el resultado del ataque. Siete cañonazos eran la seña convenida del buen éxito. A la hora y media de haber salido la pequeña division, se oyeron muchos gritos y algazara: media hora despues se contaron los tiros indicados, con la satisfaccion y alborozo que pueden suponerse.

El egército de San Fernando adquirió, pues, en media hora la Carraca, el navio de San Julian, unas cuantas cañoneras y 400 hombres que las guarnecian, entre los cuales se contaban 120 hombres del batallon de Soria, igual número sobre poco mas ó menos del regimiento de Valencey, y el resto del cuerpo de Leales, que se acababa de formar en Cádiz. Toda esta gente se trasladó á la Isla el dia siguiente 13, y el batallon de España pasó á la Carraca para guarnecerla.

Este acontecimiento tan dichoso como inesperado enardeció de nuevo los ánimos de todos, y los dispuso á empresas aun mas interesantes. Convencidos de la necesidad de obrar y de imponer al enemigo por golpes atrevidos, se volvieron á fijar los ojos sobre Cádiz, como el objeto de mas importancia que se ofrecia por entonces. La Cortadura era el obstá-

culo fuerte que nos presentaba ; mas esta Cortadura podia ser atacada y sorprendida como la Carraca. Los gefes de la junta determinaron hacer una tentativa inesperada y nocturna sobre dicho punto ; mas habiendo considerado esta empresa de gravísima importancia y trascendencia , no quisieron obrar nada hasta que el comandante Riego no se restituyese con su tropa á San Fernando.

El general en jefe le mandó en consecuencia la órden ya indicada , y Riego emprendió su marcha hácia la Isla ; adonde llegó la noche del 14 despues de una marcha trabajosa por la copiosa lluvia , los caminos pantanosos , casi intransitables y los arroyos que tenia que pasar con el agua á la rodilla. La tropa quedó descalza por la mayor parte , y las fatigas de la marcha la pusieron fuera de estado de hacer ningun servicio.

Las compañías conducidas por Balcarcel no entraron hasta el dia siguiente. Ademas de todas las incomodidades del mal tiempo, tuvieron que resistir á algunas tropas de infantería y caballería que las persiguieron , portándose todos los oficiales y soldados con un valor digno de la causa. El teniente de granaderos de Asturias D. Antonio Ben, no contento con hacer lo mismo que sus compañeros , convidó al comandante de la caballería enemiga á un singular combate que no fue admitido.

El ataque de la Cortadura debia verificarse á las tres de la mañana del dia 15 por tres columnas , una siguiendo la direccion del arrecife , y las otras dos por los dos lados de la playa. Las escalas estaban preparadas como todo lo demas que se juzgaba necesario. El comandante general Riego recibió órden de presentarse con su tropa á las tres de la mañana , para servir de reserva á las destinadas al ataque. Salió en efecto segun se le estaba prevenido , y apenas habia pasado del portazgo , cuando convidado por el

gefe de estado mayor que viene en busca suya, corre á Torre-gorda, donde se estaban formando las columnas susodichas, exorta y anima á los soldados, los pone en movimiento y marcha al frente de ellos á la Cortadura.

Las apariencias prometian un éxito feliz; mas la empresa se vió malograda por muchas circunstancias. Las columnas no se movieron con bastante tiempo anticipado. Las escalas pesadas y larguísimas embarazaban la marcha, la prolongaban y la desordenaban. Los que conducian las columnas, ni conocian el terreno, ni sabian á punto fijo en qué parte de la Cortadura habian de verificar sus escaladas. Servicios de esta clase exigen práctica y ninguno la tenia. Para colmo de desgracias, el comandante Riego, guiado de su arrojo, y queriendo bajar á la playa, figurándose que habia una rampa frente del ventorrillo del Chato, cae de una altura de mas de cuatro estados, y hubiera sin duda perecido á no haber tropezado con arena. Habiéndose levantado, busca de un lado y otro la salida, y no hallándola da voces á los soldados de Asturias, quienes le echan una escala por la que sube al arrecife.

En esta situacion mandó á las columnas dirigirse á la izquierda, y adelantándose un poco llegó adonde estaba el comandante D. Francisco Osorio con 80 fusileros dispuestos en guerrilla. Las indicaciones de este benemérito oficial le convencieron de lo arriesgado que seria emprender dicha operacion tan peligrosa con tropa no acostumbrada á este servicio, por lo que viendo ya muy próximo á romper el dia mandó marchar en retirada, contando siempre con la aprobacion del general en gefe, que en efecto obtuvo.

La agitacion de la marcha y el designio que ocupaba la atencion del comandante general cuando dió su caida desgraciada, no le hicieron sentir por el

pronto sus efectos: mas luego los comenzó á experimentar desagradables, de modo que al entrar en su alojamiento padecia intensísimos dolores en una pierna, que se le inflamó y le obligó á hacer cama. El Dr. D. Ramon Martinez, primer médico, cirujano de la armada le suministró todos los auxilios de su arte, y le puso en disposicion de salir á la calle el dia 20.

El malogro de la empresa de la Cortadura no hizo mas que inflamar los ánimos para tomarla á cualquier costa. Este punto interesante era el blanco por entonces de la atencion de todo el ejército de San Fernando. La necesidad de entrar en Cádiz para dar consistencia y solidéz á su alzamiento estaba tan grabada en todos los espíritus, que ningun sacrificio parecia costoso á trueque de enarbolar el estandarte nacional en dicha plaza.

Quiroga, Riego, el resto de los gefes, no pensaron mas que en realizar tan bella idea. Por todas partes se trabajaba con ardor y fuerza: las espías, las negociaciones, nada se olvidaba ni escaseaba. El 2.º ayudante de estado mayor D. Francisco Guiral, que hemos ya nombrado, no perdonaba medio alguno de poner el navío de san Julian, entonces nuestro, en estado de hacer fuego. Este y las lanchas cañoneras, tambien nuestras, debian hacer fuego sobre el flanco izquierdo de la Cortadura mientras se la atacaba por el derecho y por el centro. Los oficiales de artillería que mandaban dichas lanchas, se portaron siempre con intrepidéz, y como si estuviesen acostumbrados á esta clase de servicio en algunos lances que ocurrieron con las cañoneras enemigas. Sin embargo, el proyecto del ataque de la Cortadura no se llevó á debido efecto á causa de los recios temporales tan frecuentes en aquella bahia y en el mes de enero.

Mientras tanto no se descuidaba la organizacion

é interior arreglo del ejército, el fomento de la disciplina, la instrucción tanto física como moral de las tropas nacionales, dar providencias de buen régimen en la ciudad, invitar á sus habitantes á que se armasen en defensa de la patria, se pusiesen la cucarda roja y verde adoptada en el ejército, convocar las milicias, celebrar fiestas religiosas y patrióticas, expedir proclamas y manifiestos á la nación, al resto del ejército, á Cádiz, á los soldados mismos, á los granaderos provinciales que teníamos al frente; en fin, no se olvidó resorte alguno de cuantos mueven á los hombres, y los arrastran á las cosas grandes.

Defender y poner todos los puntos de la isla al abrigo de sorpresas, ocupaba asimismo la atención del general como un objeto de tanta consecuencia. Cualquiera que tenga algun conocimiento del punto que ocupábamos, se penetrará de lo difícil que nos era cubrir debidamente su recinto dilatado con nuestra fuerza de 5100 hombres solos efectivos, de que era preciso deducir los enfermos, y los comisionados, que formaban una parte muy considerable. Muchas de las tropas no podían emplearse con seguridad en los puestos avanzados. La de Soria y de Leales que habíamos traído cuando la ocupación de la Carraca se nos iban desertando poco á poco, y en una ocasión lo verificaron todos los de la avanzada del Campo de Soto con sus oficiales.

El comandante general Riego se preparaba el 21 de enero á embarcarse en Gallineras con 400 hombres escogidos, para hacer una sorpresa escalando la muralla por el lado de los mártires. Un espía portugués que tenía confidentes en la plaza, y que vino á la isla á proponer de su parte este proyecto, debía guiar la pequeña expedición marítima; mas los amigos de Cádiz avisaron que no podía verificarse aquella noche por haberse puesto una guardia muy

considerable en los puntos vecinos de los Mártires. De esta suerte, ó por trastorno de combinaciones, ó porque nos hiciesen falsas confianzas con objeto de sacar dinero, se nos abortaban nuestros proyectos casi siempre.

El coronel D. Nicolás Santiago y Rotalde, que se hallaba en Cádiz, avisó en seguida que estaba próximo á promover una revolucion para el dia 24 á la cabeza de contrabandistas y marineros catalanes; mas que hallándose esparcida la noticia de que las tropas nacionales se hallaban encerradas de miedo en san Fernando, convenia en extremo hacer una incursion sobre el puerto de santa María, é intimidar de esta suerte al enemigo. Para que este objeto se verificase se determinó que saliese el comandante Riego con una columna de 900 hombres tomados de Asturias, la Corona, Guias y Canarias, que con un obus se puso en marcha á la una de la noche al principiar el 24.

El Puerto de santa María se hallaba ocupado por un número considerable de caballos mas crecido que el de nuestra infantería. Cuando llegó esta al puente de san Pedro, le encontró cortado. El oficial de caballería, que mandaba un destacamento en la otra orilla, abandonó su puesto sin hacer caso de las razones amistosas que le digeron los patriotas. El comandante general trató de poner servible el puente, y apenas comenzaba á animar á los soldados, cuando tres de Asturias y de Guias sin reparar en el rigor de la estacion ni en el frio que hacia entonces muy intenso, se arrojaron al agua en presencia de los enemigos, y trajeron á la orilla opuesta una barca pequeña, y la grande del puente que estos habian separado. La columna pasó entonces, y persiguió la caballería contraria, que huyó con tanta precipitacion que no tuvo tiempo de quitar la barca del puente de san Alexandro. Restablecido este por varios ve-

cinos del puente que vinieron á auxiliarnos á pesar de las amenazas que les hicieron los dragones, logró la columna entrar en la ciudad, en medio de las mas cordiales demostraciones de alegría y de repetidos aplausos de sus habitantes.

Los contrarios, reforzados con gran número de su misma arma, y cuatro piezas de artillería, volvieron sobre el puerto. El cazador Manuel de Castro, asistente del comandante general, que se le habia adelantado á distancia de 200 pasos detuvo él solo á diez carabineros por mas de diez minutos, y las primeras balas de esta caballería tan nombrada pasaron sobre su cabeza y la de Riego. Los contrarios cargaron por último. La compañía de Cazadores de Asturias, situada sobre el portazgo de la Victoria, rompió el fuego con tal viveza que les obligó por el pronto á retirarse, despues de haber tenido cuatro heridos. El comandante de Canarias con parte de su batallon sostenia dichos cazadores, observando al mismo tiempo las columnas de caballería que avanzaban sobre la ciudad por nuestro flanco izquierdo.

El comandante general que veia ya el objeto de su expedicion completamente lleno, mandó replegarse, y emprendió con la mayor tranquilidad su retirada. Luego que pasó el puente con su tropa le inutilizó como lo habian hecho antes los contrarios, y tuvo que emplear su autoridad para arrancar de aquel punto á sus soldados. Habian andado algunos pasos, cuando comenzaron á pasar balas de cañon sobre la columna; mas no hicieron ningun daño. Reunidos los nacionales con la compañía de cazadores de la Corona, que cubria el puente de san Pedro, y con 300 mas que protegian la retirada de Puerto Real, en cuyo punto se hallaban con este objeto, y el de hacer recoleccion de víveres, se restituyeron á san Fernando á las ocho de la noche del mismo 24, sin haber sufrido la menor desgracia y

con la convicción importantísima de que podían medirse ventajosamente en campo raso con los enemigos de la patria.

El día siguiente 25 se supo en san Fernando el triste resultado de la revolución meditada por el coronel Rotalde, la fuga de este, la prisión de los otros oficiales complicados con todas las desgracias que producen tales empresas malogradas. La defensa de Cádiz había tomado un carácter de firmeza respetable; los interesados en el sistema de opresión no escaseaban intrigas ni dinero. Los gefes de los cuerpos de la guarnición no querían comprometerse, y el batallón de Guias con su comandante Gabarre á la cabeza, no respiraban mas que saña y venganza á los patriotas.

La esperanza de apoderarse del punto importantísimo de Cádiz se iba acabando poco á poco en el ejército de san Fernando. Por vía de la fuerza se reputaba casi ya imposible; las negociaciones, las intrigas, las conspiraciones no surtían efecto. El ejército de Freyre comenzaba á organizarse. Nadie se decidía ni se declaraba abiertamente por la justa causa, y todos los esfuerzos de los buenos que teníamos en el otro bando se deducían á planes de propagar la insurrección, y á paralizar cuanto estaba á sus alcances los movimientos y disposición hostil del ejército contrario. Nuestra situación era verdaderamente extraordinaria, y la revolución estacionaria veinte y cinco días sin perder ni ganar un palmo de terreno, presentaba uno de los fenómenos mas raros en política. Permanecer en la ciudad de san Fernando, era exponernos á un bloqueo que pudiera producir muy fácilmente alguna funesta reacción por parte de la tropa; hacer una salida general era abandonar un punto de apoyo demasiado interesante, y correr todos los riesgos de un entero descalabro con tropa que pudiera muy bien desertar

de sus banderas en el campo raso, con tropa, en fin, que tenia en su seno muchos reclutas, muchos débiles, y muchos que no inspiraban aun confianza alguna.

El comandante general Riego presentó un proyecto que atajaba los dos inconvenientes, y era el de hacer una salida de la Isla con la gente mas sofogueada, mas segura; y ya probada, dejando en san Fernando la restante. Por esta operacion no quedaban sus puntos indefensos, y la columna móvil por marchas rápidas y felices maniobras podia hacer adquisicion de víveres y fondos, exparcir manifiestos y proclamas, inflamar el espíritu público, atraerse los cuerpos vacilantes que se hallaban tan comprometidos, imponer al enemigo con este rasgo de osadía, y demostrar al fin que no era el miedo el que nos tenia encerrados, como querian dar á entender los enemigos del bien público.

Este proyecto era el mas saludable que se podia ofrecer en aquellas circunstancias, y en su consecuencia salió Riego por tercera vez de san Fernando el 27 de enero con su célebre columna móvil, cuyos movimientos y demas operaciones militares tendrán lugar separado en nuestra relacion cuando hayamos concluido la de todo lo ocurrido en la ciudad de san Fernando.

El egército nacional, reducido á poco mas de tres mil hombres por la salida de la columna móvil, se vió en la necesidad de reducir su actividad y vigilancia. El militar que esté enterado de los puntos que ocupaba, se penetrará de las dificultad que ofrecia tan escasa fuerza para hacer el servicio indispensable. Sin embargo, la constancia superó este obstáculo, y las virtudes que se habian sabido incultar en los defensores de la patria manifestaron evidentemente que su amor lo vence todo, y que cuando se trata de verdaderos militares que son hombres, no

:

atiende tan mezquinamente al número.

Los cuerpos facultativos del ejército pensaron seriamente en suplir esta falta con el arte, fortificando con baterías y otros mas recursos varios puntos que estaban indefensos, y no podían ponerse al abrigo de un ataque repentino. Se construyó una batería en el portazgo de 6 piezas de 16 con un obús; otra en el molino de Sancti-Petri sobre la bahía de 8 piezas del mismo calibre; otra de 4 en las canteras, otra de 4 en el caño de Herrera, otra del mismo número en la casería del Osio; otra con el nombre de Daoiz y Velarde á la izquierda del portazgo con 3 piezas de 18, otra con el de Urrutia en Sancti-Petri, y otra en el punto que llaman de las Gallineras con 2 piezas también de 16.

Se rehabilitó el castillo de Torre-gorda, que se hallaba sin rampa para subir las piezas, se rehizo casi todo el frente, se dispusieron habitaciones para los oficiales y tropa, y se hicieron otros mil reparos que eran totalmente indispensables. Para poner todos estos puntos del todo de Cádiz enteramente al abrigo de sorpresa, se construyó un semi-reducto en el arrecife, con 3 piezas, 2 de á 16, una de 24 y un obús. Se construyó una batería á flor del agua en el molino de Santibañez de 4 piezas de 16, y otra de 2 de á 24, y una de 12. Las baterías de Santibañez se unían con el semi-reducto del arrecife por medio de un caño maestro que se formó en las salinas, manteniéndose por medio de malecones constantemente el agua, y además de este había otros que se unían con el principal. La comunicacion de la tropa y municiones se hacia por un camino construido á la espalda de los Caños. Desde el semi-reducto del camino hasta el arrecife viejo, en que se halla el castillo de Torregorda se hizo un parapeto con fuegos cruzando al camino y á la playa, cubriendo esta con rejas que se internaron hasta la orilla

del mar en su reflujo. Una batería de dos piezas de 8, construida al pie de Torregorda, en comunicacion con el foso del castillo defendia la playa, y un parapeto para fusilería, que tenia el mismo objeto que las piezas, flanqueaba perfectamente el frente de las rejas.

El gefe de estado mayor don Felipe de Arco Agüero, y el comandante general de artillería don Miguel Baños dirigieron todas estas obras con el zelo, actividad y conocimientos que tanto los distinguen, y los oficiales de los cuerpos facultativos desplegaron en ellas su esmero é infatigable vigilancia.

El tiempo transcurrido entre la salida de la columna móvil y el total triunfo de la libertad, no fue muy fecundo en acontecimientos militares. La escasa fuerza del ejército de San Fernando no le permitia hacer salidas contra el enemigo. El ejército contrario no se atrevió nunca á atacar un recinto de tan vastas dimensiones, defendido con solos 3000 hombres. Todo se redujo por su parte á tentativas del momento, que escollaron siempre contra la firmeza incontrastable de las tropas nacionales. Indicaremos algunas de las principales, debiendo manifestar á los lectores que esta sucinta relacion no es precisamente un diario militar donde se consignan las mas pequeñas circunstancias que ocurren en veinte y cuatros horas.

El 29 de enero hicieron los contrarios una salida de la Cortadura; llegaron hasta muy cerca de Torregorda; y habiendo sido saludados por la artillería del castillo se retiraron apresuradamente.

Estas salidas de la Cortadura eran muy frecuentes, y todas ofrecian los mismos resultados. Las descubiertas de ambos puntos se escaramuceaban casi diariamente.

El 31 de enero se adelantaron por parte de la bahía cinco lanchas cañoneras nuestras, y al ins-

tante se destacaron otras contrarias en mucho mayor número, que vinieron á atacarlas. Al momento se rompió el fuego de una y otra parte. La superioridad del número nos hizo perder una de las lanchas, despues de haber hecho la mas brillante resistencia hasta con fuego de fusilería por la tropa del batallon de España, que se hallaba á bordo. Las lanchas enemigas se aproximaron tanto que alcanzaron con sus balas hasta el cementerio, no pudiendo ser contenidas por nuestras baterías del caño de Herrera, que eran solo de piezas de campaña. El subteniente de España don Carlos Soto fue hecho prisionero en la refriega, y encerrado en seguida en un calabozo de la cárcel de Cádiz, donde estuvo privado de cama y casi de alimentos.

El ejército de Freire se iba acercando poco á poco al punto de la Isla, y á principios de febrero ya estaba interceptada su correspondencia con la columna móvil. El cuartel general se situó en el Puerto de Santa María; el general Cruz Mourgeon se colocó con sus tropas en Chiclana; y en el pinar que se halla en frente de Puerto Real, se estableció el gran campamento del ejército.

El 8 de febrero don Francisco Benitez, vecino de la Isla, salió del portazgo con una partida, y cogió cuatro coraceros de carabineros, junto á la venta llamada del Arrecife

El 15 del mismo se presentaron apariencias de un ataque general y decisivo. Por la parte de Cádiz se adelantaron tropas, y por la bahía muchas lanchas y barcos grandes llenos de gente, amagando un desembarco. El general Freire se adelantó al frente de algunas columnas por el camino del puente de Suazo; mas todos retrocedieron á muy breve rato sin que hubiese habido hostilidad por ninguna de ambas partes.

El 19 del mismo salieron por el puente de Sua-

zo algunas guerrillas nacionales, compuestas de granaderos de Sevilla, tropa de Canarias, y con su flanco cubierto por las cañoneras maestras, que se adelantaron por los Caños, llegaron hasta el espaldon que los contrarios habian construido en el camino de Puerto Real, enfrente de la batería del Portazgo. Los enemigos huyeron desordenadamente, y pusieron en alarma el grande campamento ya indicado. Los nuestros, despues de haber deshecho el espaldon, se retiraron sin tener mas pérdida que la de un soldado del batallon de España herido dentro de una lancha.

Mientras se estaba construyendo la batería de Santibañez ya indicada, se presentaron diez lanchas cañoneras y varios bombillos con objeto de atacarla. Una pieza de cañon de diez y seis, que era la única montada, los repelió auxiliada de la artillería de Torre-gorda, y los hizo retroceder con la pérdida de una lancha que tuvieron inutilizada. Los nuestros no recibieron daño alguno. Cuando dicha batería tenia ya montadas cinco piezas, repitieron otro ataque, como puede suponerse fue repetido aun con mas vigor y audacia que el primero.

Estos ataques ó amagos de atacar, mas seriamente, se repetian á menudo. Su intencion era sorprender y aprovecharse de alguna coyuntura favorable; mas la vigilancia de los nacionales era suma, y desde el general en gefe hasta el último oficial, nadie descansaba ni dejaba ver el mas mínimo descuido.

Mientras tanto toda comunicacion al exterior estaba interceptada rigorosamente. Las noticias de la columna móvil comenzaron á faltar del todo, y nada sabian de ella mas que lo que publicaban los interesados en su ruina. La plaza de Cádiz ya tenia una guarnicion numerosa y respetable. El ejército de Freire no daba el menor indicio ni esperanza de moverse, en fin, hácia la causa de la patria. La

nacion entera parecia muda al llamamiento de sus defensores , y la suerte de estos ofrecia el porvenir mas obscuro y mas desagradable.

Si se reflexiona que eran tres mil hombres solos los que se hallaban bloqueados por fuerzas cinco veces mas considerables, que estos hombres eran soldados tenidos hasta ahora como ciegos instrumentos de los gobiernos absolutos, que estos soldados eran atacados por toda especie de seducciones y de intrigas , y que no se perdonaba medio de pintarles sus gefes y oficiales como facciosos , traidores á su Rey , rebeldes á la patria , perjuros , en fin , que los arrastraban á su ruina inevitable, se convencerán nuestros lectores de que el mérito de estos tres mil hombres es superior á todo elogio, y que el teson, la constancia y la firmeza que los distinguieron ofreció un cuadro mas relevante de heroismo.

El pueblo entero de la ciudad de San Fernando nunca desmintió tampoco en esta crisis su adhesion á la causa de la patria. El bloqueo que debia hacerle temer otros mas tristes resultados, no originó quejas ni disturbios. Los alcaldes y demas del ayuntamiento constitucional redoblaron su zelo, su actividad y vigilancia para el remedio de mil males que eran á la sazón inevitables. La armonía y fraternidad que reinaban entre la tropa y los vecinos, no se alteraron un momento. La junta suprema de gobierno, instalada el dia 3 de febrero, se dedicó á la organizacion y buen arreglo de todos los negocios públicos. La ciudad de San Fernando se mostró siempre heroica, imitó en un todo la conducta de sus defensores.

Llegó por fin el dia en que la nacion, sorda hasta entonces á las voces de los buenos, manifestó abiertamente sus deseos y voluntad firme de imitarlos. Galicia se acordó de sus antiguas glorias, y el 21 de febrero se pronunció abiertamente. La Coruña el 2, baluarte de la libertad española. Asturias, Ara-

gon y otras provincias se decidieron tambien en breves dias. La Constitucion se iba publicandose sucesivamente en todos los ángulos de la península, y el dia 10 de Marzo debia serlo en Cádiz, segun orden dado por el general Freire, quien pasó á esta plaza desde el Puerto de Santa María para presenciar y autorizar el acto.

El general Quiroga, queriendo tomar parte en una solemnidad tan suspirada por los gaditanos, mandó una diputacion del ejército nacional, compuesta del gefe de estado mayor D. Felipe de Arco Agüero, el comandante general de artillería D. Miguel Lopez Baños y el ciudadano D. Antonio Alcalá Galiano, acompañados del ayudante del primero D. Ignacio Silva. Apenas habian llegado á Torregorda cuando comenzaron á encontrar habitantes de Cádiz en crecido número, de quienes fueron recibidos con las muestras mas extraordinarias de alegría. (1). En la Cortadura expusieron su carácter de parlamentarios del ejército, y se les contestó que entrasen en la plaza como amigos, lo que verificaron en medio de un gentío numeroso que los rodeaba con todas las expresiones y ademanes de contento, de entusiasmo y de alborozo. Los vivas, las aclamaciones, las guirnaldas y cuanto produce el arrebatado de un pueblo patriota agradecido, les fueron tributados hasta que llegaron á casa del general Freire, quien los recibió con urbanidad, mas con tibieza. A pocos momentos de estar con S. E. oyeron tiros de fusilería, que prepararon la fatal catástrofe del 10 de marzo. Este bárbaro atentado, afrenta los fastos españoles, y tal vez el borron mas feo que obscurece nuestra historia, los obligó á subirse á la azotea de la casa del general, y saltar así por va-

(1) Véase la gaceta patriótica del ejército nacional del martes 21 de marzo.

rias casas hasta que se refugiaron en una no distante. Uno de ellos, D. Antonio Alcalá Galiano, separado de sus compañeros por el bullicio de la gente, se vió entre asesinos que por fortuna no le conocieron: se refugió sucesivamente en varias casas, y después de haber reclamado vanamente la protección de las autoridades, exponiendo su carácter de parlamentario, se reunió por fin la mañana del 11 con sus compañeros. Entonces volvieron á reclamar todos del gobierno su inviolabilidad como enviados del ejército, y la respuesta que tuvieron fue un oficial con 20 soldados, que los condujeron presos al castillo de San Sebastian entre denuestos y dicterios, como si fuesen foragidos, llevando aquel la espada desnuda, y éstos sus armas preparadas.

El general Quiroga, sabedor del acontecimiento, ofició á Cádiz sobre una violación tan escandalosa de las leyes de la guerra, y se preparó á tomar su represalia. Por sus órdenes y la dirección del coronel D. José Grases se construyó en una noche sobre el arrecife, á distancia de mil y doscientas toesas de la Cortadura, una famosa batería denominada Lopez Baños, donde se colocaron cuatro morteros, dos obuses, dos piezas de á doce y tres de diez y seis, arrastradas todas á brazo por los oficiales, que trabajaron como simples soldados toda aquella noche. El ayudante general de estado mayor D. Fernando de Miranda estuvo cubriendo los trabajos con 300 hombres. Las hostilidades iban sin duda á continuar con encarnizamiento; mas los parlamentarios detenidos fueron puestos en libertad el 16; y habiéndose embarcado en la Caleta fueron recibidos en la Isla con la satisfacción y gozo que puede imaginarse.

Las desgracias del 10 de marzo en Cádiz, movieron á justa indignación contra sus bárbaros autores. La justicia y la humanidad pedían venganza. Los culpables fueron entregados al brazo de la ley, y por

(51)

este medio sabrá el público los pormenores de una trama tan baja y tan horrible. Los dias de luto fueron al fin seguidos de dias de contento. La constitucion se vió al cabo proclamada pacífica y solemnemente en Cádiz, donde habia nacido, y este dia tan grande y tan ansiado de los buenos, puso fin dichoso á los trabajos del egército nacional de S. Fernando.

